

CENTROS DE PODER Y REDISTRIBUCIÓN EN ÉPOCA PRERROMANA

M.^a Isabel Ongil Valentín

Desde hace aproximadamente dos décadas venimos asistiendo al uso, cada vez más frecuente, en nuestra disciplina de términos y conceptos procedentes en su origen de otras ciencias como la Geografía o la Antropología, hablamos así de lugares centrales, redes de distribución de productos, sociedades de jefatura, jerarquización social, etc. Estas expresiones no son nuevas en nuestra materia, no se estrenan ahora, pero su peso cuantitativo es mayor en estos momentos; tal vez porque hemos comenzado a percibir que hay muchos fenómenos para los que las explicaciones tautológicas, tales como difusión o invasión, es decir, el aspecto normativo de la cultura en palabras de L. Binford, tan ampliamente utilizadas hace algunos años, ya no satisfacen. Por estas razones pretendemos ahora pasar revista al problema de la organización del espacio a partir de varios trabajos que toman como punto de referencia la problemática que plantean una serie de centros poblacionales que parecen haber superado la etapa del aislamiento autosuficiente o bajos niveles de relación con poblaciones vecinas, y ofrecen en el momento en que los encontramos bienes y servicios especializados.

Desde los inicios de la Edad del Hierro tiene lugar en Europa un fenómeno bastante generalizado: el surgimiento de núcleos de población que en muchos casos podemos calificar de preurbanos, puesto que en ellos se descubren características y funciones que los elevan sobre el común de los asentamientos.

En otro sentido, Europa central y occidental ha sido testigo de fases sucesivas de edificación intensiva de poblados fortificados en tiempos prehistóricos e históricos, con reocupación frecuente de los mismos lugares. El amplio periodo de tiempo que se extiende desde el Neolítico hasta la Edad Media refleja la atracción de algunas localizaciones muchas de ellas incluidas también en momentos que atestiguan una extensa ocupación de lugares fortificados en altura (Härke, 1982, 187). En todo este tiempo los recintos, fortificados y abiertos, parecen haber tenido una importancia social y simbólica, además de funciones defensivas. La construcción de defensas es un dato significativo, pero su ausencia no lo es necesariamente.

Cunliffe (1971, 53-69) señaló, tomándolo como premisa, que el desarrollo en la Edad del Hierro de patrones de poblados fortificados refleja los principales contornos de la evolución social y de asentamientos. Añadiendo más tarde que pobla-

dos fortificados desarrollados pueden asumir el ser *lugares centrales* en discretos territorios socioeconómicos o, dicho de otro modo, *puntos focales* de territorios bien definidos (Cunliffe, 1978, 273 y 332). Los poblados fortificados de los Campos de Urnas tardíos eran ya sitios de habitación densa y permanentemente ocupados; formaban un estrato de asentamientos cumpliendo funciones centrales limitadas por la población agrícola en los valles y cuencas de los ríos inmediatos; el tipo y carácter de los hallazgos de algunos poblados fortificados implica, según algunos investigadores, una élite residente (Jockenhövel, 1975, 57-59, en Härke, 1982, 189).

A la problemática que plantea el detectar la presencia de lugares centrales en una red de sitios arqueológicos podemos acercarnos empleando aproximaciones diversas que son independientes, pero conectadas unas con otras, de manera que los resultados de los distintos análisis den una imagen coherente.

1. Es de gran importancia fijar los aspectos territoriales del asentamiento. Primeramente, el nicho ecológico en el que se halla emplazado, en orden a delimitar su área de explotación; recursos más inmediatos y sus características, si se halla localizado óptimamente con respecto al número de recursos, o en la intersección de dos áreas de explotación potenciales, p.e. entre una zona de pastos que sea apta para el ganado vacuno y tierras altas en las que los animales más dotados para sobrevivir son las ovejas (Cunliffe, 1978, 276); también puede ocurrir que la importancia de una sola materia prima, como la sal en el caso del yacimiento histórico de Hallstatt, haya posibilitado el crecimiento inicial y posterior desarrollo de un asentamiento.

Interesa conocer, además, su articulación dentro de la región. Su posición respecto a líneas de comunicación terrestres o fluviales, tanto comarcales o regionales como a larga distancia, y si está ubicado junto a vados, puertos entre sierras, lugares donde cambia el modo de transporte, etc. Y, por último, las relaciones espaciales con otros lugares dentro del área, con el fin de delimitar espacios y descubrir jerarquizaciones.

2. Las indicaciones que aportan los datos estrictamente arqueológicos son otro aspecto del análisis del problema. El aumento en la extensión habitada de un poblado con relación a momentos precedentes; el desarrollo masivo de las estructuras defensivas que, si bien en una primera lectura lleva a pensar en complicaciones bélicas, no siempre se ha debido a necesidades defensivas sino que, como algún autor ha demostrado, la defensa no siempre se manifiesta en la construcción de barreras físicas y éstas a veces se realizan por razones distintas a las propiamente militares y de protección (Rowlands, 1972). La aparición de edificios que por sus elementos constructivos, disposición, hallazgos muebles y posible función indiquen un mayor grado de complejidad que el resto, puede tratarse de «residencias de notables», talleres o barrios artesanales, etc.

Un puesto destacado como indicador lo ocupan los bienes de lujo importados: cerámicas, vidrios, objetos de metales preciosos, etc., sobre todo cuando este tipo de hallazgos se concentran en áreas reducidas (Freidin, 1983, 80) y cobran especial relieve cuando aparecen en necrópolis. Los ajuares informan no sólo sobre la composición de edad y sexo, sino que a partir de ellos podemos acceder a aspectos de la organización social, la existencia o no de estratificación y si ésta aumenta con el paso del tiempo (Ruiz Gálvez, 1985-86, 88). La bibliografía sobre este tema es abundante, destacamos únicamente los trabajos de Randsborg (1973) para el Bronce nór-

dico, el de Frankenstein y Rowlands (1978) referido a la 1ª Edad del Hierro en el SW. de Alemania y el estudio de Wells (1984) sobre las necrópolis hallstáticas.

3. Los lugares centrales implican relaciones sociales complejas. Al ser puntos destacados en las vías de comunicación, con el consiguiente movimiento de personas, mercancías, recursos, información y energía, suponen la existencia de un poder que ejerza funciones de control territorial y organizativas: garantía de tránsito por las rutas de comunicación, organización de mercados, etc.

Se ha considerado que la presencia de lugares centrales es la característica más distintiva de las jefaturas en el registro arqueológico (Renfrew, 1984, 43). Estas élites acaparan manufacturas, comercio regional y empleo para producir bienes de lujo que mantengan e incrementen su prestigio que es una de las bases de su poder; para ello es fundamental el comercio a larga distancia que les permite obtener productos procedentes del exterior que no están al alcance de toda la comunidad. Los valores de un jefe estaban centrados en el prestigio y la optimización de su posición como líder de un grupo e igualdad con otros jefes (Odner, 1972, 643); no sería ajeno a ambos aspectos el poder económico manifestado no tanto en la posesión de bienes como en los actos de generosidad (banquetes, regalos), que cumplían también la función de redistribuir cierto productos, y el exhibicionismo (ostentación de armas y objetos preciosos).

«Todo grupo organizado precisa unas relaciones internas que le den cohesión, expresadas en vías de acceso a los espacios comarcales o regionales, posesión o dominio sobre recursos, etc.; y relaciones externas, con otros espacios, con los que existen nexos de dependencia o entente, necesidad del dominio por su carácter estratégico en el control de los flujos de bienes o de una materia prima» (Frutos Mejías, en este mismo volumen). Pero se corre el riesgo, como ya señaló acertadamente Renfrew (1984, 81) de la circularidad con algunos de estos argumentos. En algunos casos los datos básicos consisten sólo en la existencia de ricas tumbas conteniendo numerosos bienes de importación, de aquí es posible deducir la existencia de una élite y sugerir, a menudo sin mucha evidencia, que ellos controlaban los procesos por los que se obtenían los productos exóticos.

Los lugares centrales se han propuesto como espacios de reunión anuales o de encuentros tribales, como centros religiosos o económicos (Clark, 1972, 866; Cunliffe, 1978, 332; Härke, 1982, 190). Lo cierto es que son la solución obvia para el comercio, la especialización artesanal, a la vez que ofrecen también servicios de defensa y posibilitan cualquier tipo de encuentros interpersonales o intergrupales en un área dada, es decir, podrían llegar a coordinar actividades, económicas, sociales y religiosas (Renfrew, 1984, 43).

Los lugares situados en la base de una escala de complejidad serían centros de reunión anual de la población del área adyacente y habrían servido de lugar de intercambio de bienes de bajo nivel, provisiones y mujeres, además de actuar como foco unificador de pequeñas comunidades, aldeas o granjas, dispersas y, en muchos casos, unidas por relaciones de parentesco (Clark, 1972). Por encima se hallarían, en último lugar, unos pocos centros que podrían estar aún más ampliamente especializados, produciendo bienes y servicios del más alto orden; es decir, satisfecerían necesidades por encima de las ya cubiertas diariamente; serían, con toda probabilidad,

bienes y servicios más costosos o restringidos, de tal manera que tienen que depender de y servir para una población mucho más amplia.

Ningún sitio está, o estaba, aislado y ningún sitio puede ser comprendido sin la consideración de sus roles posibles o probables en una trama de sitios contemporáneos; el que estos sitios contemporáneos puedan o no ser identificados carece de importancia (Clark, 1972, 848). Lo que es claro es que posibilitan las economías a escala a través de relaciones de recíproca especialización y mutua interdependencia, teniendo presente minimizar el efecto de fricción debido a la distancia y la ley del mínimo esfuerzo.

REFERENCIAS

- CLARKE, D.L. (1972). «A provisional model of an Iron Age society and its settlement system». En Clarke, D.L. (ed.) *Models in Archaeology*. London, pp. 801-869.
- CUNLIFFE, B. (1971). «Some aspects of hill-forts and their cultural environments». En Hill, D. y Jesson, M. (eds.) *The Iron Age and its hill-forts*. Southampton University Press, pp. 53-69.
- CUNLIFFE, B. (1978). *Iron Age Communities in Britain*. London.
- FRANKESTEIN, S. y ROWLANDS, J. (1978). «The internal structure and regional context of early Iron Age society in south-western Germany». *Bull. n.º 15* (Institut of Archaeology. University of London), pp. 73-111.
- FREIDIN, N. (1983). «The early Iron Age in the Paris basin: a study in cultural change». *Oxford Journal of Archaeology*, II (1), pp. 69-89.
- FRUTOS MEJÍAS, L.M.ª «Geografía, espacio y poder». En este volumen.
- HÄRKE, H. (1982). «Early Iron Age hill settlement in West Central Europe: Pattern and developments». *Oxford Journal of Archaeology*, I (2), pp. 187-211.
- JOCKENHÖVEL, A. (1975). «Zu befestigten Siedlungen der Urnenfelderzeit aus Süddeutschland». *Fundberichte aus Hessen*, 14, pp. 19-62.
- ODNER, K. (1972). «Ethnohistoric and ecological setting for economic and social models of an Iron Age society: Valdalen, Norway». En Clarke, D.L. (ed.) *Models in Archaeology*, London, pp. 623-651.
- RANDBORG, K. (1973). «Wealth and social structure as reflected in Bronze Age burials. A quantitative approach». En Renfrew, C. (ed.) *The explanation of cultural change: Models in Prehistory*. London, pp. 565-570.
- RENFREW, C. (1984). *Approaches to social Archaeology*. Edinburgh University Press.
- ROWLANDS, M. (1972). «Defence: a factor in the organization of settlements». En Ucko, P.; Tringham, R. y Dimbleby, G.W. (eds.) *Man, settlement and urbanism*. London, pp. 447-462.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (1985-86). «El mundo celtibérico visto bajo la óptica de la *Arqueología Social*. Una propuesta para el estudio de los pueblos del oriente de la Meseta durante la Edad del Hierro». *Kalathos*, pp. 71-106.
- WELLS, P.S. (1984). *Farms, villages and cities. Commerce and urban origins in Late prehistoric Europe*. Cornell University Press.